

Sobre la eutanasia

EQUIPO DE CAPELLANES DE LOS HOSPITALES DEL SESCAM EN LA PROVINCIA DE CIUDAD REAL

Duele escribir un artículo sobre la eutanasia cuando todavía estamos sobrecogidos por las muertes provocadas por la epidemia SARS-COVID-19. Hemos visto mucho dolor y sufrimiento en los hospitales: en los enfermos, en sus familias y en el personal sanitario. Hacer defensa de la vida hasta que llegue la muerte natural no es lo mismo que hacer apología del dolor. Ambas realidades, constitutivas del ser humano, vida y muerte, no se deben menospreciar haciendo de ellas armas ideológicas desde las que defender nuestros posicionamientos políticos. Con profunda tristeza asistimos a un debate interesado que quiere hacer de la eutanasia una alternativa de progreso en oposición a los que no están de acuerdo con ella, definidos estos como inmovilistas e insensibles ante el sufrimiento humano.

Desde la experiencia en el hospital afirmamos que no es la muerte lo que angustia a los enfermos y a sus familiares, sino el dolor físico y el sufrimiento. Es necesario que seamos honestos en el uso de nuestras palabras como cuando decimos «morir dignamente», expresión edulcorada con la que se quiere enmascarar a la eutanasia. Porque la muerte programada y ejercida sobre el enfermo no es la única alternativa. Eutanasia es eso: «Una acción realizada en el cuerpo de otra persona a petición explícita y reiterada de esta con la intención de poner fin a su vida» (JC Delgado, 2007). Es, por lo tanto, «un acto deliberado de dar fin a la vida de un paciente, aunque sea por su propio requerimiento o a petición de sus familiares» (Prof. Diego Gracia, intervención en el Senado, 16 de junio, 2007).

La alternativa más humana, que más se corresponde con el anhelo de vida que tiene toda persona y su familia, son los cuidados paliativos. Estos ayudan en el proceso de la enfermedad o de la muerte, cuando es inevitable, por medio de prácticas de



confortabilidad, orientadas a evitar el sufrimiento innecesario. Las medidas paliativas se articulan en el principio de beneficencia médica hacia el enfermo, la cual no solo cura (no siempre se puede curar la enfermedad), sino que cuida. La buena praxis nos enseña de hecho que el cuidado y la atención espiritual, en sentido amplio, son en sí mismas un modo de sanación. Curación y cuidado son elementos que se necesitan mutuamente y que nacen de una atención integral al ser humano reconociendo su valor intrínseco y su dignidad. En este sentido nos preocupa la deriva hacia una valoración de la persona hecha desde parámetros de bienestar exclusivamente físicos o emocionales, utilitaristas en el peor de los casos. ¿Qué hay entonces de las personas con capacidades diferentes? ¿Quién debe dictaminar lo que es una persona capaz y para qué?, ¿cómo definir su dignidad?, ¿con qué criterios?...

La defensa del derecho a la vida y su cuidado integral choca con el mal llamado «derecho» a la muerte. Que este sea un deseo no lo convierte en un derecho, pues entra en contradicción con el derecho primero y fundamental como es el de la vida. No todo deseo se convierte automáticamente en un derecho. La defensa de la eutanasia se ampara en el principio de la libertad que aparece como un absoluto irrenunciable del ser humano y se define como autonomía personal para disponer de la enfermedad terminal y de la muerte. Vivimos en una sociedad —muchos tenemos la suerte de haber nacido en este lado del bien-

estar y del progreso— que discurre por los caminos del hedonismo y del individualismo más extremo, nutridos, interesadamente, por un sistema económico que sustenta esta cultura del occidente acomodado. Se enaltece al individuo y se le facilita todo lo que esté a su alcance para que sea feliz. Se sobredimensiona lo que suponga para el individuo felicidad placentera a toda costa y por encima de todo, eliminando cualquier sombra o posibilidad de sufrimiento que, por otra parte, es inherente a la propia condición humana. El dolor y el sufrimiento son hoy uno de los mayores tabús para nuestra sociedad, un escándalo (sinsentido). Antes de que nos duela tenemos el recurso que neutraliza ese dolor, inmediatamente. Desde el punto de vista humano, ¿se puede controlar todo sufrimiento, todo dolor?, ¿de qué tipo de dolor o sufrimiento hablamos? Porque hablamos del dolor físico, pero ¿y el dolor psicológico?, ¿y el dolor moral o espiritual? ¿No hay alternativas para su cura más que la de la muerte? ¿No estaremos con ello apoyando nuestro mayor fracaso social, como es el de no sabernos cuidar y acompañar en todos y cada uno de los procesos de nuestra existencia? Con Daniel John Callahan (Washington, D.C, 1930), nos tememos que «una vez que una sociedad permite que una persona quite la vida a otra basándose en sus mutuos criterios privados de lo que es una vida digna, no puede existir una forma segura para contener el virus mortal así introducido. Irá donde quiera».

Agradecimiento por las condolencias recibidas

El obispo, don Gerardo Melgar Viciosa, en nombre de la Diócesis de Ciudad Real, agradece expresamente a las autoridades civiles, militares, asociaciones y representantes de la sociedad todas las muestras de cariño recibidas por la muerte de don Antonio Algora, fallecido el pasado 15 de octubre.

De igual manera, don Gerardo muestra su gratitud por las oraciones elevadas desde el comienzo de la enfermedad de don Antonio por todo el pueblo de Dios, sus hermanos en el episcopado, laicos, monasterios y casas religiosas, consagradas y consagrados, sacerdotes, parroquias, comunidades y movimientos.

Son innumerables los mensajes de pésame. Ante la imposibilidad de contestar a todos, la Diócesis y, en su nombre, el obispo, agradece todas las muestras de afecto, fe y comunión eclesial.

Falleció Francisco Javier Sanzol

El pasado 23 de octubre, falleció en Ciudad Real el sacerdote Francisco Javier Sanzol Díez, natural de Bilbao, a los 70 años de edad.

Sanzol se licenció en Físicas en la Universidad del País Vasco en 1974, comenzando después los estudios eclesiásticos, que completó en 1979 con el Doctorado en Derecho Canónico por la Universidad de Navarra. Desde 1969 pertenecía al Opus Dei.

Fue ordenado sacerdote en el santuario de Torreciudad por el cardenal König, el 15 de agosto de 1978.

Sus primeros encargos pastorales los tuvo en Madrid en el Colegio Retamar y otras labores apostólicas del Opus Dei. Desde 1981 (con un paréntesis de 4 años) ha trabajado en nuestra Diócesis Ciudad Real, atendiendo a personas y labores apostólicas del Opus Dei que estaban distribuidas por bastantes poblaciones de la provincia.



En Ciudad Real fue fiscal en el Tribunal Eclesiástico, y actualmente era defensor del vínculo. Pertenecía, además, al Consejo Presbiteral.

Después de tantos años en La Mancha, tenía un profundo conocimiento de El Quijote, lo que le llevó a publicar varios artículos en el Instituto de Estudios Manchegos.

La misa exequial se celebró en la mañana del 24 de octubre en la Catedral de Ciudad Real, presidida por el obispo, don Gerardo Melgar.

Con Caridad, en el primer domingo de mes

La tentación de *estar de vuelta*



El fracaso forma parte de nuestro ADN, y como un campo de pruebas, puede servirnos para revisar nuestros itinerarios de atención social. Sin embargo, a veces vivimos de espaldas a él. En otras ocasiones identificamos de tal manera la tarea que nos encomiendan con nuestra particular manera de realizarla que idealizamos nuestra respuesta pensando que es la única y la mejor posible.

Y así, cualquier cambio repentino nos defrauda y decepciona. Y entonces, enfadados nos rebelamos, y cabizbajos «nos volvemos a casa». ¡Qué triste y trágica resulta esta situación de «estar de vuelta»!, porque la misma decepción va degenerando en amargura incluso en recelo. Un penoso proceso que nos vuelve temerosos, que nos instala en «lo que pudo ser y no fue», que nos impide ver otras posibilidades

de avanzar, que nos enfrenta a todo el mundo mediante la ironía o la prepotencia, que nos convierte en seres destructivos, incapaces de volver a ilusionarnos porque la pereza ha invadido nuestra alma.

Y, para sobrevivir ante tal incertidumbre, solemos refugiarnos en el torreón de la complacencia por lo conseguido, mitificando nuestras anteriores «batallitas»; o nos dedicamos a recordar con nostalgia aquellos tiempos mejores, empeñados en mantener hábitos caducos y repetir expresiones trasnochadas porque antes habían funcionado; o nos resistimos a todo cambio, magnificando los riesgos que conlleva adherirse a lo nuevo para justificar nuestra desidia.

De algún modo más gráfico el mismo Jesús nos advierte de estas tentaciones paralizantes: «A uno le dijo: Sígueme. Él respondió: Se-

ñor, déjame primero ir a enterrar a mi padre. Le contestó: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios. Otro le dijo: Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de los de mi casa. Jesús le contestó: Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios». (Lucas 9, 57 - 62).

Concretamente, las circunstancias sociales han puesto en evidencia las limitaciones de nuestro quehacer caritativo. Pero esto no es un fracaso de nuestra atención solidaria sino una quiebra de algunas formas concretas de hacerla, y sobre todo una invitación y apuesta decidida a seguir buscando nuevas formas de realizarla. Estamos llamados a recapacitar y a convertir la dificultad en reto, para proseguir en la senda de la esperanza.

Números de cuenta de Cáritas

Unicaja: ES26 2103 0439 6200 3045 4469 Globalcaja: ES66 3190 2082 2220 0971 2221 Bankia: ES25 2038 3300 3060 0002 9842 Liberbank: ES16 2048 5044 9734 0001 8898

Carta de nuestro Obispo

Festividad de Todos los santos

Ser santos sería la máxima aspiración que deberíamos tener todos los creyentes en Jesús porque la santidad es la vocación a la que estamos llamados todos.

A los niños y a los jóvenes les preguntamos, a veces, los mayores: Tú, ¿qué quieres ser cuando seas mayor? Y el niño o el joven nos responderá que futbolista porque son famosos, o médico porque quiere curar a los enfermos, o actriz de cine porque ganan mucho dinero, etc. Pero ninguno nos responderá que cuando sea mayor quiere ser santo.

Es que nosotros nos conformamos con mucho menos que ser santos. Hemos colocado a los santos en una peana demasiado alta e inalcanzable como para que cualquiera pueda aspirar a conseguirlo y nos parece que la aspiración a la santidad solo es para esos pocos, que son dignos de admirar, pero no de imitar.

Es verdad que el martirologio y el santoral están llenos de personas dignas de admiración porque fueron personas extraordinarias. Son todos aquellos que han sido declarados santos oficialmente por la Iglesia, pero los santos y la santidad no se

Nuestra vida está rodeada de personas buenas, personas cercanas a nosotros: familiares, amigos, etc., con las que estamos conviviendo y que son los santos actuales

agotan en los que han subido a los altares y han sido declarados oficialmente santos por la Iglesia. El santoral es infinitamente mayor que los declarados como tales oficialmente por la Iglesia. En el libro del Apocalipsis podemos leer: «Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas,

de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!» (Ap 7, 9-10).

Los santos, salvo algunos con una vida realmente extraordinaria que hicieron y hacen milagros, la mayoría fueron y son personas con muchas

Hemos colocado a los santos en una peana demasiado alta e inalcanzable como para que cualquiera pueda aspirar a conseguirlo y nos parece que la aspiración a la santidad solo es para esos pocos

virtudes, pero también con defectos, con una vida de amor a Dios y a los hermanos, pero también con pecados en su vida. Los santos fueron y son pecadores rescatados por el amor de Dios, que les ha convertido en seres que valoran mucho la presencia de

Dios y de su gracia en su vida, que tratan de vivirla desde lo que Dios les pide en cada momento.

Los santos son personas que lucharon, si ya han muerto, y que luchan si viven entre nosotros para que el bien y la voluntad del Señor fuera y sea la enseña de su vida: el bien supremo que es Dios y el bien moral que es la vivencia de su vida desde

lo que Dios les pide.

La vida de los santos es una vida de lucha entre el bien y el mal, logrando que en su vida impere el bien y no el mal, la gracia y no el pecado. La vida según Dios y no las llamadas de la sociedad secularista.



Los santos nunca son una anti-gualla de otros tiempos. Todos los santos son plenamente actuales, los que ya murieron porque son un modelo en el que fijarnos en nuestra vida y a quien podemos imitar; y los que viven junto a nosotros porque son constantemente un testimonio vivo que interpela la vida de los demás.

Nuestra vida está rodeada de personas buenas, personas cercanas a nosotros: familiares, amigos, etc., con las que estamos conviviendo y que son los santos actuales que tratan de vivir de acuerdo con el estilo de vida de Jesús y son un estímulo y testimonio para cuantos los contemplamos, que interpelan nuestra vida y nos ayudan a que nosotros también podamos conseguir la santidad que vemos en ellos. Son los «santos de la casa de al lado» de los que habla el papa Francisco en su exhortación *Gaudete et exultate*, que son modelo de buenas personas entregadas a Dios y a los demás desde el amor.

[Continúa en la página siguiente]

La vocación a la santidad no es la vocación de unos pocos privilegiados, es la vocación universal a la que todos y cada uno de los que creemos en Jesús estamos llamados. Por eso, nuestra aspiración mayor en nuestra vida debe ser la aspiración a ser santos, a encarnar aquellas actitudes que Dios ha suscitado en cada uno de nosotros. Debemos estar empeñados y comprometidos a hacerlas realidad en el vivir diario de cada día.

Dios nos llama siempre, a todas las horas, a la santidad, a vivir el estilo que Él quiere que vivamos sus hijos, como a los obreros que contrata el dueño de la viña a distintas horas para que vayan a trabajar a la viña (Cfr. Mt 20, 1 - 13), por la mañana, al medio día y al caer la tarde.

Dios no se cansa de llamarnos, solo queda nuestra respuesta positiva a recorrer el camino de la santidad, contando con su gracia y tratando de vivir desde lo que Él nos pide.

+ Gerardo Juelga
Obispo de C. Real



Texto de Mateo 5,1-12: Felices los pobres... los que lloran... los pacientes... los que tienen hambre y sed de justicia... los compasivos... los de corazón limpio... los que trabajan por la paz... los que son perseguidos por causa del bien...

Para la celebración Por María José Rodríguez Domenech

Solemnidad de Todos los Santos

Moniciones

- **ENTRADA.** Hoy, solemnidad de Todos los Santos, nos reunimos en torno a la mesa del Señor a celebrar, como pueblo de Dios, la vocación a la que hemos sido llamados, la comunión con Él para toda la eternidad.
- **1.ª LECTURA (Ap 7, 2 - 4.9 - 14).** En la primera Lectura, el vidente de Patmos nos describe una escena de triunfo donde aparece toda la creación que bendice y adora a Dios por la gran victoria del cordero.
- **2.ª LECTURA (1Jn 3, 1 - 3).** El apóstol San Juan nos recuerda la esencia de nuestro ser cristiano: Dios nos ama tanto que nos ha hecho, por el bautismo, hijos suyos en Jesucristo; y nos recuerda también cuál es nuestro destino: ser semejantes a Él.
- **EVANGELIO (Mt 5, 1 - 12a).** Las Bienaventuranzas expresan el itinerario para hacernos semejantes al Hijo, semejantes a Jesús, que es en quien se cumplen cada una de las bienaventuranzas.
- **DESPEDIDA.** Animados por la confianza de sabernos hijos de Dios, por la esperanza a la que somos llamados, así como con el ejemplo de tantos hermanos que nos han precedido en la fe y que interceden por nosotros, llenemos el mundo de esperanza y fuerza para afrontar las tribulaciones que nos toca atravesar en estos momentos.

Oración de los fieles

S. Presentamos al Padre nuestras necesidades:

- Por todos los que formamos la Iglesia: para que sepamos ser testigos en medio del mundo del amor de Dios. Roguemos al Señor.
- Por los cristianos perseguidos que viven en la tribulación: para que encuentren el consuelo en el Señor y la ayuda y fortaleza de sus hermanos. Roguemos al Señor.
- Por nosotros: para que nos hagamos cada vez más conscientes de la vida eterna que Dios nos tiene prometida. Roguemos al Señor.
- Por los enfermos y las personas que los cuidan: para que no pierdan la esperanza y sepan ofrecer sus sufrimientos con toda la Iglesia. Roguemos al Señor.
- Por nuestros familiares difuntos y por aquellos a los que nadie recuerda: para que gocen del amor de Dios. Roguemos al Señor.

S. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

Cantos

Entrada: Ciudadanos del cielo (CLN/709) **Salmo R.:** Esta es la generación que busca tu rostro, Señor. (LS) **Ofrendas:** Te ofrecemos, Señor (CLN/H8) **Comunión:** Acercuémonos todos al altar (CLN/O24) **Despedida:** Bajo tu amparo (CLN/311)

Salterio y Lecturas bíblicas para la semana

III Semana del Salterio. Lunes *Todos los fieles difuntos* Lam 3, 17 - 26 • Rom 6, 3 - 9 Martes Flp 2, 5 - 11 • Lc 14, 15 - 24 Miércoles Flp 2, 12 - 18 • Lc 14, 25 - 33 Jueves Flp 3, 3 - 8a • Lc 15, 1 - 10 Viernes Flp 3, 17 - 4, 1 • Lc 16, 1 - 8 Sábado Flp 4, 10 - 19 • Lc 16, 9 - 15

Director: Miguel Á. Jiménez Salinas • Edita: Delegación MCS c/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real. Tel.: 926 250 250 • Correo: comunicacion@diocesisciudadreal.es